

El ocaso del mito del progreso y la ciencia ficción latinoamericana
*The Twilight of the Myth of Progress and the Latin American
Science Fiction*

DOI: 10.61820/ha.v5i10.1505

Amadís Ross

Centro Nacional de Investigación,
Documentación e Información de Artes Plásticas
Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura
Ciudad de México, México
cenidiap.aross@inba.edu.mx
ORCID: 0009-0000-9996-9855

Recibido: 02/03/2024

Aceptado: 11/04/2024

Resumen

La modernidad, es decir, el proyecto de Occidente, es un terremoto civilizatorio que reconfiguró no solo a la humanidad, sino a buena parte de la vida en el planeta. Una de las tantas manifestaciones de este proceso es la ciencia ficción, una herramienta narrativa y estética a través de la cual nos explicamos el impacto, las posibilidades y las resonancias de los aspectos tecnocientíficos en la vida, el tiempo y la imaginación. El mito del progreso, anclado en la idea de un tiempo lineal y de una progresiva e inevitable mejora en el nivel de vida humana utilizando a la ciencia y la técnica como herramientas, resulta fundamental tanto para la modernidad como para la ciencia ficción. Ante el evidente derrumbe de Occidente y el empañamiento del mito del progreso, ¿qué oportunidad y retos se presentan para la ciencia ficción latinoamericana? El presente texto se adentra en este planteamiento y pretende esbozar algunas respuestas.

Palabras clave: ciencia ficción latinoamericana, progreso, tecnociencia, modernidad, Antropoceno

Abstract

Modernity, the project of the Western world, stands as a seismic event in civilization, not only reshaping humanity but also exerting profound influence upon a significant portion of life on Earth and the planet itself. Among the

myriad expressions of this phenomenon is science fiction, a narrative and aesthetic tool through which we elucidate the impacts, possibilities, and reverberations of techno-scientific aspects on life, time, and imagination. Anchored in the concept of linear time and the notion of gradual and inevitable improvement in human living standards through the utilization of science and technology, the myth of progress is integral to both modernity and science fiction. Confronted with the palpable decline of the Western world and the tarnishing of the myth of progress, what opportunities and challenges emerge for Latin American science fiction? This text delves into this inquiry and aims to outline some responses.

Keywords: Latin American science fiction, progress, techno-science, modernity, Anthropocene

Introducción: sin desoccidentalización no hay futuro¹

Enfrentamos un reto enorme: sobrevivir el espectacular final del proyecto de Occidente. Es un modelo que arde, cayéndose a pedazos, y nosotros ardemos con él. La tarea de nuestra generación es desembarazarnos de su pesada coraza a tiempo, un labor descomunal, ya que el dominio planetario de la modernidad lleva tanto tiempo que lo asumimos como un orden natural.²

Empujado por el poderoso aliento de la dupla técnica/materialidad, Occidente se expandió por el planeta. De esta manera colonizó humanos, animales y territorios, imantó las características propias de cada pueblo para alinearlas a su particularidad, volvió única la concepción lineal y mecanizada del tiempo, se abocó a exterminar la diversidad en todas sus manifestaciones, impuso la separación de materia y espíritu al destruir la dimensión metafísica y colocó a la vida como objeto a dominar con el fin de satisfacer un infinito apetito económico. El mundo se occidentalizó –se modernizó–, y como el más acabado producto de esta victoria sin paralelo tenemos el Antropoceno y su frenética pulsión de muerte.³

¹ Una versión de este texto fue leída el 1 de diciembre de 2023 bajo el título “El progreso: oscuridades de un mito moderno”, en el Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, como parte del IV Encuentro de Estéticas de Ciencia Ficción. Mundos que colapsan y ecosistemas que resisten: estéticas cienciaficciones ante la emergencia climática.

² La modernidad es una “percepción racional del mundo conducida por la ciencia [que se] caracteriza por las creencias en el progreso, el crecimiento y el secularismo, características del paradigma occidental cartesiano, incluido el Método Científico [...]. En la práctica, la modernidad está estrechamente relacionada con las narrativas de salvación, progreso y desarrollo” (de Santo y Domptail, 2023, p. 2).

³ “La tecnología moderna sincroniza las historias no-occidentales a lo largo del eje temporal global de la Modernidad occidental” (Hui, 2020, p. 74).

La crisis es de tal profundidad que ningún esfuerzo puede escatimarse. Sea desde el arte o desde lo académico, desde lo narrativo o desde lo estético, se resiste desde todas las trincheras. En este contexto, la ciencia ficción (CF) posee una cualidad que, si bien no le es exclusiva, sí es de sus características más destacadas: la capacidad de *construir futuro* o, dicho de mejor manera, *construir futuros*, y no porque prediga el porvenir, sino porque es una herramienta privilegiada para entender nuestra relación con la tecnociencia, sus usos, efectos, significados y maneras en nuestra actualidad y su proyección hacia adelante. Dado que la modernidad, es decir, el proyecto de Occidente, se construyó y se mantiene gracias a que subsumió el pensamiento mítico, religioso y estético a las exigencias materiales del desarrollo tecnológico y la producción de valor, trastocar lo que entendemos por ciencia y tecnología equivale a tocar el corazón de la bestia.

Es la hazaña a la que, incluso sin saberlo, aspira buena parte de la CF creada en el llamado sur global, entre la que, por supuesto, se cuenta la latinoamericana. El género asciende por ese camino al explorar nuevos modos, sentimientos e intenciones; cuando no solo les da espacio a dimensiones negadas, sino que las hace parte de sí; cuando transfigura su tradición histórica, espiritual, ritual e incluso mágica para traerla a nuestra actualidad; y, sobre todo, cuando desafía las ideas establecidas de qué es y qué debe ser la tecnociencia. Este tipo de CF lleva décadas haciendo suya la narrativa largamente perteneciente a Occidente, transformándola y resignificándola. Que esta operación se desarrolle en los planos estético y narrativo no le resta importancia, ya que cumple una labor fundamental: desafiar la falsa universalidad de la modernidad y abrir los espacios de la imaginación a otras perspectivas. Aunque vivamos en la "fase del capital financiero en la que los impulsos y las alternativas utópicas se han sofocado y suprimido en la medida de lo posible" (Jameson, 2009, p. 170), es decir, en un mundo humano al que parecen haberle cercenado los horizontes, si otras ciencias ficciones son posibles, otros mundos se hacen posibles.

El presente texto es el inicio de una investigación que pretende dilucidar los componentes estéticos pertenecientes a la ciencia ficción latinoamericana y, en ese sentido, qué distingue las obras creadas en esta región de otras zonas del mundo. Una de las hipótesis de trabajo parte de que América Latina vive la decadencia del mito del progreso de manera única. Si aceptamos que la modernidad es un cúmulo de mitos que niegan serlo, una de las funciones que podrían estar cumpliendo ciertas obras latinoamericanas desde tiempo atrás es reedificar los mitos con los que nos explicamos el mundo, aunque en esta ocasión no son mitos impuestos desde el exterior, sino creados aquí. Este artículo se limita a explicar la

mencionada consistencia mítica de la modernidad y a plantear un dilema en el contexto latinoamericano: si el progreso es un elemento intrínseco de la ciencia ficción, pero el progreso como idea está desapareciendo, ¿qué sucede con el género? Cuento con que futuros textos amplíen la cuestión y la relacionen de manera puntual con la genealogía de la ciencia ficción latinoamericana.

I. Ciencia ficción y progreso: romance urdido por la mecánica flecha del tiempo

A partir del siglo XVI, acentuándose en el siglo XVII, los europeos vivían una efervescencia sin antecedentes: la Ilustración, la Revolución Industrial, el imparable avance colonial, la opulencia producto del expolio, la innovadora teoría de Darwin, el desarrollo de la medicina, la astronomía, la navegación y la tecnología militar; cada nuevo trofeo expandía las fronteras y las capacidades para alcanzarlas. Es comprensible que ante tales éxitos pensaran que estaban destinados a ascender hacia un horizonte más opulento y más bello, un destino manifiesto que casaba con las ideas cristianas que sostenían la cosmovisión occidental sobre un inicio y un final del tiempo.⁴

Nacida de la tradición judaica y su mito del apocalipsis, la noción de un tiempo lineal e irreversible se contraponía a la percepción cíclica del tiempo que dominaba en la mayoría de las culturas. Apuntalado por un sinnúmero de ritos que recreaban los sucesos ocurridos en la dimensión mítica fundacional, el tiempo cíclico tenía sentido porque regeneraba la realidad de forma recursiva. La repetición implícita en lo cíclico ayudaba a neutralizar el terror histórico o, dicho de otra manera, contener la angustia primordial que experimenta el animal humano al tomar consciencia de la inevitabilidad de su muerte.⁵ En cambio, el tiempo lineal:

⁴ “[...] la cosmovisión es un hecho histórico complejo, integrado por diversos sistemas ideológicos como un conjunto estructurado y relativamente congruente. Los fundamentos de la cosmovisión proceden de las más disímolas interrelaciones prácticas y cotidianas de los miembros de la sociedad. Los ejercicios sociales, con toda su carga de racionalidad práctica, fluyen hacia una abstracción que en cada paso los somete a la prueba de la aceptación social, lo cual es otra vía de racionalidad” (López y López, 2009, p. 22).

⁵ “Todo recomienza por su principio a cada instante. El pasado no es sino la prefiguración del futuro. Ningún acontecimiento es irreversible y ninguna transformación es definitiva. En cierto sentido, hasta puede decirse que nada nuevo se produce en el mundo, pues todo no es más que la repetición de los mismos arquetipos primordiales; esa repetición, que actualiza el momento mítico en que el gesto arquetípico fue revelado, mantiene sin cesar al mundo en el mismo instante auroral de los comienzos. El tiempo se limita a hacer posible la aparición y la existencia de las cosas. No tiene ninguna influencia decisiva sobre esa existencia, puesto que también él se regenera sin cesar” (Eliade, 2008, p. 55).

[...] conlleva la necesidad de crear una identidad propia mediante la abolición de la comprensión cíclica del tiempo y del arquetipo mítico. Ser moderno significa dar valor a la historicidad y a la singularidad de los acontecimientos; en otras palabras, modernizarse significa aceptar lo totalmente nuevo y desconocido (Tanaka, 2014, p. 17).

Esta nueva condición despojaba al humano moderno de la protección que otorgaba la ciclicidad, una desnudez que debía cubrirse de alguna manera.

En su recuento sobre la ciencia ficción apocalíptica japonesa, Motoko Tanaka (2014) nos cuenta que cuando los humanos descubrieron que la modernidad imponía una historia que se alejaba de todo lo conocido, nació una nueva dimensión: el futuro, y para alcanzarlo inventaron un vehículo: el "progreso". Derivado de la promesa del Juicio Final que llegará al final de los tiempos, el progreso sustituyó la justicia divina por el bienestar material, y la fe en Dios por la creencia en las bondades inagotables de la tecnociencia. El futuro se convirtió entonces en la nueva tierra prometida.⁶

Walter Benjamin (2008), aguda y líricamente, decía que el progreso es un huracán que irresistiblemente arrastra al ángel de la historia hacia el futuro a pesar de que mira hacia el pasado.⁷ De manera más mundana, el

⁶ Sin embargo, lo que vemos actualmente es que, ante la permanente lejanía del futuro, la modernidad se volcó obsesivamente en el presente como sucedáneo de lo místico, lo que dio como resultado una aceleración constante del tiempo y una ansiedad que busca aliviarse a través del consumismo a pesar de que, como agujero negro, jamás queda colmada: "El tiempo no es circular o repetitivo, sino lineal y abierto al progreso; además es un tiempo que está sometido a una aceleración cada vez mayor. En el proceso de reproducción en términos productivistas privatizados o abstractos, la consecución del producto está supeditada al incremento constante de la efectividad del medio de producción. La relación técnica del sujeto con la naturaleza, su efectividad, es la que decide en cada caso privado la consecución mayor o menor de ese producto abstracto, de ese valor en *dinero, que es lo que justifica en definitiva toda la realización del proceso productivo*" (Echeverría, 2022, pp. 206-207). Las cursivas son mías.

⁷ "Su rostro está vuelto hacia el pasado. En lo que para nosotros aparece como una cadena de acontecimientos, él ve una catástrofe única, que arroja a sus pies ruina sobre ruina, amontonándolas sin cesar. El ángel quisiera detenerse, despertar a los muertos y recomponer lo destruido. Pero un huracán sopla desde el paraíso y se arremolina en sus alas, y es tan fuerte que el ángel ya no puede plegarlas. Este huracán lo arrastra irresistiblemente hacia el futuro, al cual vuelve las espaldas, mientras el cúmulo de ruinas crece ante él hasta el cielo. Este huracán es lo que nosotros llamamos progreso" (Benjamin, 2008, pp. 44-45).

progreso podría definirse como una mejora o avance acumulativo en una dirección deseable y superior; un futuro mejor, ideal, en el que cada vez hay mayor complejidad y bienestar⁸.

La concepción progresista de la historia vuelve más fácil entender el pasado: podemos ordenarlo en etapas de desarrollo, generar una narrativa que le da orden y minimiza el papel del caos y lo inabarcable. Sin embargo, la idea moderna de progreso revela su consistencia mítica cuando descubrimos que se fundamenta, principal pero no únicamente, en dos elementos eminentemente mitológicos. Por un lado, se tiene la mencionada noción temporal lineal, "una corriente no sólo continua y rectilínea, sino además cualitativamente ascendente, sometida de grado a la atracción irresistible que el futuro ejerce por sí mismo en tanto que sede de la excelencia" (Echeverría, 2022, p. 229) y, por otro lado, una confianza ilimitada en la capacidad del ser humano y su posición como "centro del universo, centro de la historia y centro de Dios" (Hinkelammert, 1984, p. 34).

La ciencia ficción apareció en la intersección de varios de los aspectos de la reluciente modernidad: la Razón como creadora de una universalidad que debía ser aceptada dogmáticamente, la búsqueda incesante de expansión/crecimiento/dominio, la categorización de los pueblos no occidentales como un *Otro* exótico, la veneración al poder de la tecnociencia y, por supuesto, el progreso como "estado natural" del "hombre civilizado", si usamos la terminología del siglo XX. Digamos que la CF surgió como un mecanismo de Occidente para comprender su devenir, inevitablemente reflejando su estatus histórico-político. Debajo de la reluciente capa de progreso benéfico y emocionante tecnociencia, el género relata sobre las oscuridades propias de la modernidad. Por ejemplo, al hablar del origen de la CF, John Rieder (2008) arguye lo siguiente:

[...] muchos de los temas recurrentes que confluyeron en el género de la ciencia ficción representan maneras ideológicas de captar las consecuencias sociales del colonialismo, incluida la fantástica apropiación y racionalización de la riqueza colonial desigualmente distribuida en la patria y en las colonias, las ideologías racistas que permitieron la explotación colonialista y el impacto cognitivo de las diferencias culturales radicales en la cultura de origen (pp. 20-21).

⁸ "Según [Lucian] Boia, el significado contemporáneo del sustantivo 'progreso' (la mejora gradual de la humanidad) se desarrolló a finales del siglo XVI-II; antes de esto, el término significaba simplemente avanzar o acrecentar [algo]" (Tanaka, 2014, p. 13).

Es casi unánime considerar a *Frankenstein o el moderno Prometeo* como la primera obra de ciencia ficción. En la introducción a la primera edición de 1818, la autora Mary Shelley afirmaba que la fantasía plasmada en las páginas era verosímil porque se sustentaba en la ciencia (Aldiss, 1995, pp. 78-79) o, mejor dicho, en las ciencias naturales o *duras*, sólidas y confiables a diferencia de las dedicadas al estudio de lo humano. Mucho se ha escrito sobre *Frankenstein*, la “primera obra importante de ficción que se toma en serio a la ciencia moderna y que tiene a un científico como protagonista” (Freedman, 2000, p. 4), por lo que solo me gustaría señalar que podemos interpretar a la tecnociencia como el moderno Prometeo –en este caso específico, lo que implicaba el dominio de la electricidad–, capaz de arrancarle a los dioses ya no el fuego, sino la inmortalidad. El resultado es un engendro que no tiene lugar en el mundo, una crítica evidente a la soberbia humana que podemos extrapolar, vía *El sueño de la razón produce monstruos* de Goya, a una enseñanza moral sobre la modernidad y su capitalismo y progresismo: si se transgreden las leyes divinas/naturales habrá consecuencias poco agradables. Así, desde sus inicios la CF muestra tanto su fascinación con el perfeccionamiento técnico como sus inevitables efectos y contradicciones.

En 1895 H. G. Wells publicó *La máquina del tiempo*, en la que se estrena una argucia genial: la dimensión temporal podía recorrerse como si fuera la dimensión espacial. Esta proeza es permitida gracias a la tecnociencia, sin embargo, el interés del autor no se centra en ensalzar las capacidades técnicas, sino en criticar el colonialismo y las ideas del progreso al mostrarnos, en el año 802,701, el fin de la humanidad y, más adelante, la muerte del planeta. Esta obra resulta fundamental para mostrar cómo la CF y la idea de tiempo lineal se desarrollan como manifestaciones de la misma idea progresista de la historia.⁹ Sin esta obra seminal la CF no sería lo que es, además de que no la entenderíamos sin todo ese entusiasmo colonialista que brilló en la llamada Edad de Oro.

El progreso es un imperativo moral que justifica la expansión incesante, que somete el tiempo, el espacio, y hoy día incluso a la rebeldía y la imaginación. Imperativo moral que, además, centra su existencia en la racionalidad propia de la modernidad, en los destellos de la Ilustración que generaron la “vida nueva” secular, lógica, matemática, democrática y científica. La modernidad destruyó la vida mítica, dicen sus partidarios. Mi punto es que en realidad la modernidad es una cosmovisión que ocupa el mismo

⁹ “[...] el viejo mito ilustrado del Progreso [está] construido sobre toda una red de metáforas que presentan el tiempo como espacio y, en consecuencia (consecuencia metafórica, ya que no lógica), la sucesión de momentos como presencia simultánea de lugares” (Lizcano, 2006, p. 65).

espacio de cosmovisiones anteriores, y que nociones como el progreso son mitos que la apuntalan con vigorosa sagacidad.

II. Modernidad: paréntesis teórico

Antes de pasar al análisis de la modernidad como cúmulo de mitos, es necesario hablar brevemente sobre su origen y significado. Lo haré de la mano de Bolívar Echeverría desde el marxismo y el neomarxismo, es decir, como parte de una doctrina compleja con tintes religiosos, pero extremadamente materialista, tan moderna como la modernidad capitalista y creyente –a su manera– del progreso y de la liberación última: el paso de la barbarie a la civilización. Aquí conviene recordar que Benjamin (2008, p. 42) dijo que los documentos de civilización son también documentos de barbarie.

La modernidad se basa en un cambio fundamental en cómo el ser humano se relaciona con el *Otro* absoluto, lo no humano, aquello que también podríamos llamar *Naturaleza*. Este cambio tiene dos ejes fundamentales. El primero consiste en que en vez de vivir “dentro” del mundo, con la modernidad se pasó a buscar su dominio, un afán conquistador con la capacidad de refinarse con el paso del tiempo, el “progreso”. El segundo es que, de tener una liga mágica, religiosa o metafísica con la naturaleza, la modernidad optó por enfrentarla de forma estrictamente material (Echeverría, 2016, p. 14).

El fin último de la modernidad es “reconstruir la vida humana y su mundo mediante la actualización y el desarrollo de las posibilidades de una revolución técnica” (Echeverría, 2016, p. 89), lo que hizo posible que la abundancia substituyera “a la escasez en calidad de situación originaria y experiencia fundante de la existencia humana” (Echeverría, 2018, pp. 145-146). Sin embargo, la anhelada abundancia fue desde un inicio una meta inalcanzable, y no porque la revolución técnica fuese incapaz de cumplir dicho objetivo, sino porque al momento de implementarse en la vida económica se volvió en automático un vehículo de acumulación de riqueza. Triste, pero evidentemente el “modo capitalista de reproducción de la riqueza social requiere, para afirmarse y mantenerse en cuanto tal, una infrasatisfacción siempre renovada del conjunto de necesidades sociales” (Echeverría, 2000, p. 147).

Si la historia de la Humanidad está definida por la lucha contra la escasez, la mayor fuerza simbólica de la modernidad es que consiguió ponerle fin a esta precariedad. Hoy tenemos la capacidad técnica de vivir cómodamente, con las necesidades básicas resueltas. Que el capitalismo –ese piojo espacial que nos parasita, y que nos ha convencido de que no hay otro camino que permanecer a su servicio¹⁰– impida que cada ser humano

¹⁰ “El capital es, en todos los niveles, una entidad espeluznante: a pesar de

acceda a la abundancia, y que además nos lleve hacia la posible extinción, evidencia que, a pesar de sus éxitos, la modernidad es un proyecto suicida. Por otro lado, volver al modelo anterior es imposible; si la relación mágica o religiosa con el *Otro* era definida por la escasez permanente, ¿quién querría volver a eso? Nadie. Nadie renuncia jamás a sus privilegios.¹¹

III. La cosmovisión de la modernidad y su andamiaje mítico

Es un signo de nuestro tiempo que para mucha gente la palabra *mito* se relacione con *fantasía*, *falacia*, e incluso *mentira*, y si no es así, al menos se le concibe como parte de un pasado superado, una infancia de la especie de la que hemos salido gracias a que maduramos y entendimos las cosas “como realmente son”. Dicho técnicamente, nuestra vida actual es producto de la singular proeza que significó el abandonar el mito para triunfalmente internarnos en el *logos*. Adiós caos, incertidumbre y dioses caprichosos; hola principios, leyes y la incansable Razón. Adiós magia, hola ciencia.¹² Dejamos atrás el pasado animal, rural, sujeto al ciego mandato de la “naturaleza”. Es cierto, a veces ciertos elementos del “pasado superado” se asoman con molesta insistencia, pero es fácil espantarlos como se hace con las moscas, ya que el proyecto occidental fue extremadamente eficiente y exitoso al imponer una versión de lo racional y lo matemático sobre el resto de saberes y sensibilidades humanas.¹³ Bolívar Echeverría (2019) lo dice de manera magistral al referir cómo la modernidad se basa en:

surgir de la nada, el capital ejerce más influencia que cualquier entidad supuestamente sustancial” (Fisher, 2018, p. 13).

¹¹ Finalmente, el humano “está no sólo contento sino orgulloso de permanecer dentro de los límites indicados, y las creencias populares constituyen la razón de temer tanto al primer paso dentro de lo inexplorado” (Campbell, 2006, p. 77).

¹² La Ilustración puede ser considerada el punto de arranque de estas concepciones, ya que “aspiraba a realizar por completo un conjunto de valores universales y un ideal de humanidad librando batalla contra la superstición (que no equivalía necesariamente a religión), y que esta batalla habría de ser ganada por medio de la ciencia y la tecnología” (Hui, 2020, p. 68).

¹³ Incluso la misma ciencia occidental discrimina la generación de conocimiento no estructurado por la lógica matemática, lo que de forma no tan indirecta desplaza lo humano, sus necesidades y sensibilidades en favor de una visión materialista y cuantificable que ve como polos irreconciliables a la ciencia y a la cultura. “Según el pensamiento clásico, la única definición exacta es una definición matemática, el único rigor digno de tal nombre es el rigor matemático y la única objetividad es la que corresponde a un formalismo matemático riguroso. La ‘blandura’ de las ciencias humanas atestigua su falta de respeto por estas tres ideas clave, que formaron un paradigma de simplicidad a lo largo de varios siglos. ¿Qué puede ser más blando, más complejo, que un sujeto humano? La exclusión del sujeto es, pues, una consecuencia lógica. La ‘muerte del ser humano’ coincide con la separación total de la ciencia y la cultura” (Nicolescu, 2014, p. 8).

[...] la confianza en la técnica basada en el uso de una razón que se protege del delirio mediante un autocontrol de consistencia matemática, y que atiende así de manera preferente o exclusiva al funcionamiento profano o no sagrado de la naturaleza del mundo [...] sobre la confianza práctica en la temporalidad cíclica del "eterno retorno" aparece entonces esta nueva confianza, que consiste en contar con que la vida humana y su historia están lanzadas hacia arriba y adelante, en el sentido del mejoramiento que viene con el tiempo (pp. 14-15).

A pesar de esta consistencia matemática que supuestamente le confiere una objetividad inamovible, sostengo que la modernidad es una cosmovisión compuesta por mitos. Por supuesto, su aspecto pragmático lo constituyen instituciones, leyes, bloques de intereses y hordas de acólitos que bregan desde sus trincheras específicas, pero la ideología que les sirve como sustento es mítica, como intentaré demostrarlo a continuación. Lo que distingue a la modernidad de otras cosmogonías es que la bandera de la Razón que blande con fanático entusiasmo niega su cualidad mítica.¹⁴ Se trata de un juego de veladuras, una nigromancia que se ha encantado a sí misma y a la humanidad entera (Lizcano, 2006, p. 240). El hecho de esconder su propia cualidad mítica ha sido muy efectivo para la modernidad. Para no ir más lejos, ni siquiera la obscena crisis de 2008, que puso en claro que la faceta neoliberal está construida sobre falsedades y es absolutamente inviable,¹⁵ abolló su poderío simbólico.

Recordemos que nunca un mito lo es para quien cree en él: se trata de la realidad misma. Como el mito es la mejor forma posible de la relación entre lo humano y lo *Otro* en un momento histórico dado,¹⁶ es realmente difícil descubrirnos en su interior. George Claeys (2022) señala lo obvio al

¹⁴ "El racionalismo moderno, el triunfo de las luces del entendimiento sobre la penumbra del mito, que implica la reducción de la especificidad de lo humano al desarrollo de la facultad de raciocinio y la reducción de ésta al modo en que ella se realiza en la práctica puramente técnica o instrumentalizadora del mundo, es el modo de manifestación más directo del humanismo propio de la modernidad capitalista" (Echeverría, 2019, p. 227).

¹⁵ "[...] la totalización a partir del Mercado, que desemboca en una totalización del Estado como su condición de posibilidad. Con eso desaparece la política –es el 'no hay alternativas'– y aparece el dominio absoluto de las burocracias privadas de las grandes corporaciones empresariales. En esta totalización se mantiene la infinitud como proceso infinito en el tiempo, pero es ahora una infinitud vacía y sin sentido. El progreso infinito en el tiempo sigue dominando, pero deja de ser progreso por el hecho de que no va a ninguna parte. Es el tiempo del nihilismo. Es el titanismo que sigue después del hundimiento del Titanic" (Hinkelammert, 1984, p. 56).

¹⁶ "Puesto que la historia humana es la que hace pasar lo real al estado de

afirmar que "todas las sociedades y pueblos necesitan grandes narrativas para situarse y poseer un sentido de estructura, orden y significado" (p. 74). Estas narrativas, para gobernar el entendimiento del mundo, realzan algunos y excluyen otros conocimientos, rituales, ideas y comportamientos. Son siempre visiones parciales, ya que en general sería incontrolable. Por lo tanto, toman ciertos aspectos de la realidad y los sustituyen por la creencia en premisas y axiomas. Esto no quiere decir que estén desligadas del mundo cognoscible o que carezcan de coherencia: su fuerza radica en que son modelos útiles. Sin embargo, un modelo no es la realidad misma, sino su representación. Alfredo López Austin (2006) señala lo siguiente:

La creencia es una de las bases de la integración congruente de la sociedad. El mito ordena y aglutina instituciones, dándoles sentido. Es liga, código y tradición, y no se admite a ciegas. La concepción vigente del mundo brinda los medios comprobatorios, por lo que la realidad del mito puede hacerse empírica (p. 375).

Esto aplica incluso en aquello que llaman posmodernidad, una era que supuestamente depuso las grandes narrativas e hizo suyo el relativismo como juego intelectual de libertad sin límites,¹⁷ o como afirma Jameson (2009), "de multiplicidad dispersa y fisión infinita, muy distinta de la progresiva aportada por la fase anterior de la modernidad" (p. 25). Lo cierto es que las grandes narrativas, arcaicas, modernas o posmodernas, suelen poseer una forma mítica,¹⁸ porque es un modo altamente eficiente para transmitir un código con el fin de resonar de maneras específicas y eficaces en los sujetos que lo reciben.¹⁹

habla, sólo ella regula la vida y la muerte del lenguaje mítico. Lejana o no, la mitología sólo puede tener fundamento histórico, pues el mito es un habla elegida por la historia: no surge de la 'naturaleza' de las cosas" (Barthes, 2010, p. 211).

¹⁷ Como diría Santiago Alba Rico, criticando el gusto por relativizar todo: "¿Qué nos enseñaremos los unos a los otros una vez hayamos acabado de enseñarnos la invalidez de nuestras enseñanzas?" (como se citó en Lizcano, 2006, p. 23).

¹⁸ "La creencia mítica está diseminada, presente en los actos rituales, en el poder, en la ingestión de alimentos, en el trabajo, en la cópula, en la integración de la familia ... y si la realización del mito como acto narrativo es su expresión más acabada, no es la única ni, tal vez, la más importante" (López, 2006, p. 110).

¹⁹ "[...] el mito constituye un sistema de comunicación, un mensaje. Esto indica que el mito no podría ser un objeto, un concepto o una idea; se trata de un modo de significación [...]. El mito no se define por el objeto de su mensaje sino por la forma en que se lo profiere: sus límites son formales, no sustanciales" (Barthes, 2010, p. 210).

Si se analiza desde esta perspectiva, el multicitado paso del mito al *logos*, con el que Occidente encontró el camino al éxito,

[...] guarda, paradójicamente, un profundo paralelismo con multitud de mitos de creación: un caos previo (bien en la propia Naturaleza o bien en la manera de explicarla), un principio sobrenatural o trascendente (dioses o la Razón) y el resultante universo ordenado (cosmos/Filosofía) (de Castro Sánchez, párr. 5, 2018).

Esta postura adquiere mayor fuerza cuando se le compara con la definición de mito que ensaya Mircea Eliade (1999):

[...] el mito cuenta cómo, gracias a las hazañas de los Seres Sobrenaturales, una realidad ha venido a la existencia, sea ésta la realidad total, el Cosmos, o solamente un fragmento [...] los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo 'sobrenatural') en el Mundo. Es esta irrupción de lo sagrado la que fundamenta realmente el Mundo y la que le hace tal como es hoy día (pp. 8-9).

Quien viva libre de mitos que arroje la primera piedra. El mito existe porque explica, traduce y sitúa; porque recoge los acuerdos que hemos ido haciendo sobre qué es la realidad y cuál es nuestra relación con ella.²⁰ Ya sea mágico, religioso o secular, el mito "es la entrada secreta por la cual las inagotables energías del cosmos se vierten en las manifestaciones culturales humanas" (Campbell, 2006, p. 11). A su vez, sirve de veladura que enmascara los mecanismos del poder. Así sucedía en otras épocas, y así pasa hoy. Si no, ¿de qué otra forma el humano pudo convencerse con tanta vehemencia que el porvenir es mejor que el presente, a pesar de la cada vez más evidente destrucción que implica sacrificar la vida en pos de una abundancia material a la que solo accede una minoría frívola y sin escrúpulos?

²⁰ "El mito, hecho histórico con elementos importantes de muy larga duración, debe estudiarse como conjunto de núcleos duros, pero también de partes lábiles; como complejo de variantes; como expresión de belleza; como fuente de una variada gama de posibilidades de sentidos, y como emanador y receptor de funciones. Su dimensión temporal, por tanto, se desliza sobre procesos que pertenecen al tiempo largo; pero también a la coyuntura y hasta a la vida efímera. El decurso transforma –lentamente– los mitos y los envejece. También puede rejuvenecerlos; y puede rebasar la capacidad de resistencia de los elementos dúctiles para penetrar y destrozarse el núcleo más resistente" (López, 2006, p. 388).

IV. El debilitamiento del mito

A inicios del siglo XX, cuando Occidente todavía marchaba invicto, pero algo comenzaba a oler raro, John B. Bury (2009) señaló que:

La esperanza de lograr una sociedad feliz en este mundo para las futuras generaciones –o bien de una sociedad a la que de modo relativo se puede calificar como feliz– ha venido a reemplazar, como centro de movilización social, a la esperanza de felicidad en otro mundo (p. 10).

La vieja idea del Tamoanchan, el paraíso de dónde venimos y al que regresaremos, según Claeys (2022, pp. 74-75) fue transformada en la idea cristiana del Edén, transfigurado durante el Renacimiento en la *utopía*, que a su vez dio paso a la idea de "el buen tiempo futuro", también llamado *eucronía*, alcanzable a través del avance científico y tecnológico. La progresiva degradación de la confianza en el progreso, ese elemento de cohesión en torno a la historia como señala Capanna (1966, p. 237), comenzó a pintar de cinismo y de instrumentalidad al proyecto occidental.

Llegamos así, ebrios de técnica, a la Era Atómica, momento en que la humanidad completó los requisitos para que el mundo y todo lo que contenía fuera suyo: a su servicio, a su disposición. Lo *Otro* es de mi propiedad, no por derecho divino, sino humano.²¹ Los "recursos naturales" están ahí para hacerme rico. Lo mismo pasa con los "recursos humanos" a mi disposición, a mi servicio. Adiós al inservible respeto, adiós al imbécil asombro, adiós a los ridículos rituales, cortamos las ataduras que nos ligan o religan con todo-lo-que-no-soy-yo y a volar. El mundo es un buffet, y el que lo pilla es el más avisado.²²

Razón, técnica, capitalismo, cristianismo, secularidad, tiempo lineal, progreso; realismo capitalista; instrumentalización de los humanos, los animales, las plantas, los minerales, el *Otro*; la lógica, la matemática, el

²¹ "[...] la naturaleza tiene que ser dominada por el bien del hombre y puede en efecto ser dominada de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Puesto en otros términos: la naturaleza es vista como fuente de contingencia a causa de su 'debilidad de concepto' y por consiguiente tiene que ser superada por la lógica" (Hui, 2020, p. 53).

²² "La hybris, la desmesura o soberbia de la modernidad capitalista consiste en que el comportamiento humano que ella entroniza adjudica a lo otro, lo no humano, el estatuto ontológico de objeto puro, carente de iniciativa propia; de simple reservorio de respuestas a la única iniciativa real que sería la del Hombre, la del sujeto por excelencia" (Echeverría, 2019, p. 169).

empirismo, *cogito ergo sum*,²³ el colonialismo, el culto a lo occidental, la homogeneización ideológica, estética y cultural; el materialismo, el nihilismo, el cinismo,²⁴ todo está amarrado entre sí. La modernidad es una cosmovisión, inventada, expandida e impuesta por Occidente. Hoy lo intuitivo, lo sensible, lo místico y lo espiritual son desacreditados como viles remanentes del pasado irracional, imperfecciones que con el tiempo habrán de desaparecer.²⁵

El capitalismo tecnocrático vacía de sentido cada aspecto del mundo para volverlo objeto de compra, venta y especulación. Dicho de manera más precisa por Echeverría (2022), vivimos

El fascinante espectáculo de la sociedad moderna, la artificialidad y la fugacidad de las configuraciones cada vez nuevas y diferentes que se inventa para su vida cotidiana y que se suceden sin descanso las unas a las otras [lo que hace] evidente su afán de compensar con aceleración lo que le falta de radicalidad (p. 236).

V. Antropocentrismo, la caja de espejos que ciega

Los humanos hemos destronado a los dioses. Es aquí donde alcanzamos al otro gran componente del mito del progreso: el antropocentrismo, ese que confía ilimitadamente en el poder de la humanidad, su ingenio, trabajo y dedicación. Dicho de otra manera, el mito del progreso implica la omnipotencia de la Humanidad. Es la historia de la ascensión de los humanos a la altura de las divinidades que habitan el sagrado Tamoanchan, la morada divina, el "lugar de niebla florida en el que se yergue el gran Árbol" que se tuerce sobre sí mismo y está cargado de joyas y oro (López, 1994, pp. 72-73).

²³ "Vivimos bajo el imperio de los principios de disyunción, reducción y abstracción, cuyo conjunto constituye lo que llamo el 'paradigma de simplificación'. Descartes formuló ese paradigma maestro de Occidente, desarticulando al sujeto pensante (*ego cogitans*) y a la cosa extensa (*res extensa*), es decir filosofía y ciencia, y postulando como principio de verdad a las ideas 'claras y distintas', es decir, al pensamiento disyuntor mismo" (Morin, 2005, p. 29).

²⁴ "Y no hay ninguna creencia hecha sobre el cielo, la futura felicidad y la compensación para sobrellevar la majestad amarga, sino la oscuridad más absoluta, el vacío de la insatisfacción, que reciben y se comen las vidas que han sido expulsadas del vientre sólo para fracasar" (Campbell, 2006, p. 33).

²⁵ "Con la modernidad los sentidos [...] pasan a ser meros receptores naturales de la información emitida por una naturaleza no menos inerte. Ya sean poco de fiar, al modo cartesiano, ya se consideren, en la variante lockeana, la única fuente fiable de conocimiento, no pasan de ser meros mecanismos físicos y pasivos. Todo lo que sea actividad cae del otro lado, del lado mental" (Lizcano, 2006, p. 168).

A pesar de que se han derrumbado las nociones más ingenuas del positivismo, estamos de acuerdo en que, aunque sea gradualmente, la especie humana es capaz de resolverlo y alcanzarlo todo. La creciente acumulación de conocimiento, técnicas y experiencias conduce a la firme creencia de que incluso lo imposible es posible si se exploran los suficientes caminos. Podríamos llamar a este mito "el moderno Tlacuache". Si el marsupial robó el fuego a los dioses para dárselo a la humanidad, la humanidad usó este fuego para destronar a los dioses y colocarse en su lugar. En términos mitológicos europeos, la nietzscheana muerte de Dios "parte de Prometeo, de la destrucción de la administración teocrática de la tecnología (el 'fuego'), y de Teseo, de la anulación del fundamento mágico del poder político (el 'Minotauro')" (Echeverría, 2022, p. 205). Prometeo, el Tlacuache mediterráneo, sirve "como una cantera para la reconstrucción mítica de una rebeldía y emancipación humanas que la sociedad moderna practica a partir del Renacimiento" (Hinkelammert, 1984, p. 18). Ahora, si eso que hoy llamamos Naturaleza, el *Otro* absoluto, todo lo que no es humano, en culturas como la mesoamericana, la inca, la maorí, la hindú o la celta se representa como la Diosa Madre, la que da vida y la devora, entonces podríamos decir que no exactamente derrocamos a "los dioses" en plural, sino que, como buenos Edipos, cometimos no sé si matricidio o incesto divino.

El mito del progreso muestra su faz más criticada con la idea dogmática del crecimiento económico como sinónimo de mejora, sin considerar sus cada vez más evidentes efectos destructivos. Ahí tenemos la cansada cantaleta de los economistas y su obsesión por el incremento anual del sacrosanto Producto Interno Bruto (PIB),²⁶ el obligado aumento de las ganancias como finalidad única de un negocio, la necesidad de expansión incesante porque de otra forma nos arriesgamos a estancarnos, y estancarse es anatema. El desarrollo es un mandato, porque si no, no hay riqueza material, personal, académica, la que sea.²⁷ Solo quiero añadir que el desarrollo infinito prometido por el progreso casa a la perfección con uno de los mitos estadounidenses más poderosos: la perenne búsqueda de la siguiente frontera. También por aquí llegamos a la ciencia ficción.

²⁶ "[...] el grandioso mito del progreso ha sido burocratizado y mediocrizado en las tasas de crecimiento impulsadas por el FMI" (Hinkelammert, 1984, p. 36).

²⁷ La innovación es entonces un "valor positivo absoluto" a través del cual, sin más, "se alcanzaría de manera indefectible lo que siempre es mejor: el incremento de la riqueza, la profundización de la libertad, la ampliación de la justicia, en fin, las 'metas de la civilización'" (Echeverría, 2022, p. 229).

VI. La desazón del fin de los tiempos

Propulsada por el mito del progreso, se mantiene en el aire la esperanza de que algún invento solucione el cambio global que implica esta crisis. Todo sea con tal de que no implique *mi* esfuerzo. ¿Qué no ven que estoy muy ocupado cumpliendo con todos los requisitos que impone la sociedad actual, en este sistema que todo lo homogeniza e imanta a su beneficio?²⁸ Vestimos igual, vemos los mismos tiktoks, hablamos de las mismas películas, nos peleamos por los mismos temas en una sincronía que envían los monos amaestrados. Compartimos una búsqueda idéntica por ser diferentes y auténticos. Queremos publicar nuestra opinión sobre cada hecho con la mayor rapidez posible. Es una obsesión que, como se señala arriba, coloca al ahora como un sustituto de lo místico. Si nuestra devoción al presente y su incesante trajín no es suficiente, siempre podemos comprar algo, que hoy nos llega a nuestro domicilio para que no nos fatigue el ruidoso y cada día más cálido exterior. Finalmente, habitamos un mundo ocupado por "un ciudadano que busca soluciones para sus problemas en las mercancías y no en los procesos políticos" (Fisher, 2019, p. 66).

A pesar de todo esto, en el fondo de nuestro ser, entrevemos como un destello en momentos específicos que esta existencia es en realidad un producto hueco, que tapa, pero no soluciona, las cuestiones de fondo, las realmente importantes: ¿qué demonios es la vida? ¿Por qué he de morir? ¿Qué signífico yo y qué significa lo que hago si al final todo desaparecerá? Esa angustia realmente no se irá nunca, no importa cuánto pretendamos esconderla.

Huí de Él bajo las noches y los días,
 Huí de Él bajo los arcos de los años;
 Huí de Él por el dédalo
 De mi propia mente; y en la niebla de las lágrimas
 Me oculté de Él, y bajo un fluir de risas
 (Francis Thompson, primeras líneas de *The Hound of Heaven*,
 citado por Campbell, 2006, p. 62).

²⁸ "Una ideología hegemónica agrede violentamente la pluralidad cultural del mundo. Es la culminación de un proceso destructivo que se inició a finales del siglo XV, y del que el continente americano ha sido una de las víctimas principales. No es, por lo tanto, un proceso nuevo, pero en las últimas décadas se ha acelerado en forma que parece incontenible. Una de las principales metas de la globalización neoliberal es la creación de un nuevo tipo de individuo, el desvinculado de la comunidad, el hombre aislado. La especificidad cultural estorba a los propósitos hegemónicos" (López y López, 2009, p. 20).

Por más que nos escondiéramos pensando que las consecuencias de la manera occidental de someter al mundo estaban bajo control, llegó la crisis del Antropoceno con su emergencia climática, la acidificación del mar, los microplásticos omnipresentes y tantas otras cosas que nos arrojan a la realidad sin filtros. Es momento de que la arrogancia humana y su adicción al pensamiento racional y a la acumulación material paguen la cuenta,²⁹ aunque todo indica que no tenemos suficiente en las alforjas para cubrir el costo. Incluso los entusiastas del progreso, con toda su fe a cuestas, siguieron "la emanación de la Ilustración hasta su final y descubrieron que, de hecho, la luz lleva a la oscuridad total. El fin trae una enorme sorpresa: el vacío" (Hui, 2020, p. 66). Estamos, si no ante el final del mito del progreso, sí frente a los estertores de la era occidental. Nos aguarda el vacío.

VII. Ciencia ficción latinoamericana: el final es el principio

Si entendemos a la CF como una herramienta narrativa, estética y mítica a través de la cual nos explicamos el impacto, las posibilidades y las resonancias de los aspectos tecnocientíficos de la modernidad en la vida, el tiempo y la imaginación, ¿qué papel le toca jugar en el fin del mito del progreso, uno de los componentes básicos que la trajeron al mundo? No es una pregunta retórica que ignore el descreimiento en las bondades de la modernidad que consigna el género desde la llamada edad de plata, o las tendencias distópicas y apocalípticas de las últimas décadas, sino un intento por comprender qué consecuencias tiene una transformación tan profunda como la que estamos atestiguando. ¿Se le puede llamar ciencia ficción a obras disociadas de la modernidad? Dicho de otro modo: ¿puede existir CF que no solo confronte a la tecnociencia, sino que la nulifique o la ignore, o debemos inventar un nuevo nombre para estas creaciones? Es

²⁹ "Parece como si una civilización que ha perdido todo fundamento no pudiera soportar que otras –o ciertas partes de sí misma– tengan los suyos: toda fundamentación diferente es fundamentalismo; toda visión integral, integrista. Sin embargo, también nosotros tenemos nuestra particular forma de fundamentalismo, es decir, ciertas creencias incuestionadas e incuestionables, ciertos absolutos que justifican cuantos sacrificios se estimen necesarios para su preservación, defensa y expansión. Incluso sacrificios humanos. Incluso el sacrificio de cualquier forma de vida diferente. Incluso, tal vez, el sacrificio de cualquier forma de vida, a secas. El nuestro, es el fundamentalismo tecno-científico. Y a su variante política: el fundamentalismo democrático. Ambos no son sino dos caras de un mismo fanatismo: ése que reduce y somete lo singular a lo general, las minorías a las mayorías, lo cualitativo a la ley del número; ése que concibe el continuum naturaleza-sociedad como un gran laboratorio en el que contrastar programas, ya se trate de programas de partido o de programas de investigación" (Lizcano, 2006, p. 263-264).

evidente que, si el género se llama *ciencia ficción*, no puede existir sin una liga directa con la ciencia. ¿O sí?

Posiblemente estoy colocando demasiado lejos la cuestión. Tal vez el asunto pase más bien por el gradual, pero necesario cambio del *para qué* queremos desarrollo tecnocientífico y cómo lo concebimos, en vez de separarnos de él —si es que es posible— o ingenuamente negar su existencia. Si “la tecnología es ante todo el soporte del pensamiento, el medio a través del cual el pensamiento es heredado y transformado” (Hui, 2020, p. 138), puede decirse que las obras de CF que se salen del canon que considera válida únicamente la vía tecnocientífica occidental están explorando otras maneras de pensamiento. Al hacerlo ponen en entredicho el concepto de CF de Darko Suvin,³⁰ ya que proponen un *novum* o extrañamiento no necesariamente validado por la lógica cognitiva.

Andrew Milner (2012) señala una clave que puede funcionar como punto de partida para comprender este desplazamiento, que no es tan nuevo ni exclusivo del llamado sur global: “la ciencia no es cognición, es lo que los científicos creen que es cognición” (p. 24), premisa que incluye tanto a la CF como a la ciencia misma, y pondera la inevitable subjetividad sobre la utópica objetividad. La afirmación de Milner permite el juego libre de las narrativas cienciaficcionalas alrededor de los discursos tecnocientíficos sin necesitar un soporte rígido en las ciencias naturales que la justifique. Para ilustrar esto, pone como ejemplo la solarística de Lem y la psichistoria de Asimov, ciencias completamente ficticias pero coherentes e incluso plausibles gracias a la manera en que están narradas y al hábil uso de un lenguaje y estética científica.

Afirmar que cierta CF latinoamericana parte de un extrañamiento no lógico-cognitivo puede parecer un despropósito o una exageración. Podemos decir que en América Latina existen obras en las que “la visión mítica de los pueblos indoamericanos y afrodescendientes se combina y se integra junto a los modelos de pensamiento occidentales (la lógica cognoscitiva)” (López-Pellisa, 2023, p. 11). Si, apoyados en los argumentos señalados en las páginas anteriores, sustituimos “modelos de pensamiento occidentales” por “mitos occidentales” desvelamos no solo la consistencia mítica de la CF, hecho que también se manifiesta al advertir que el género puede seguir siendo catalogado como tal a pesar de no pasar por la visión tecnocentrista, sino que también se revela una de las particularidades del género en América Latina: no se trata tanto de que se prescinda del *novum*, sino que rechaza o resignifica la manera occi-

³⁰ “La CF se distingue por el predominio o la hegemonía narrativa de un *novum* (novedad, innovación) validado por la lógica cognitiva” (Suvin, 1979, p. 63).

dental de entender la lógica cognitiva. Si, como bien dice Rodrigo Bastidas (2021), en América Latina la ciencia no es vista “como una estructura que permite diferenciar entre verdad y mentira, sino como un discurso que está marcando la forma de construir una visión de mundo” (p. 10), la idea que se tenga de ciencia se convierte en un campo discursivo en el que se desarrollan las historias en vez de concebirse como referencia inamovible, frontera y ente legitimador.

Las características propias del género en esta región van más allá de este punto. Confío en explorarlas en la continuación de esta investigación para establecer el papel de nociones como la ironía, la descolocación o el relajo. Baste por ahora citar como ejemplo de elementos particulares a Antonio Córdoba (2011), quien habla sobre la recurrencia en muchas obras de lo maravilloso y de la biblioteca y el archivo, articulación que “mimetiza procesos cognitivos que operan en el imaginario latinoamericano” (p. 29) que permiten expresar el desencuentro y el desajuste que la modernidad impuso en América Latina desde la invasión militar del siglo XVI.

Si en la CF occidental el complemento entre extrañamiento y cognición resulta fundamental, podemos afirmar, junto con Ezequiel de Rosso (2021), que en la CF latinoamericana dichas nociones se encuentran en tensión e incluso en contradicción (p. 20). Esto permite pensar que cuando algunas obras incorporan el chamanismo o la magia proponen un *novum* no necesariamente legitimado por la lógica cognitiva, ya que en ese sitio colocan *saberes otros* que durante largos siglos fueron sistemáticamente demolidos e ignorados.³¹ No se trata de conocimiento obtenido y ejercido a través de los canales considerados “verdaderos” por el pensamiento moderno, sino por las muchas otras vías que el ser humano ha construido durante sus doscientos milenios de existencia. Y esto causa un choque epistémico e ideológico que retumba en el “corazón de la bestia”, ya que reta de forma explícita la forma en que la modernidad ha dictado que debemos comprender al mundo. Parece poca cosa, pero para quienes creamos y estudiamos el género constituye un rompimiento de gran profundidad.

Recordemos que el culto a lo *tecno-lógico* se basa, entre otras cosas, en una supuesta primacía de las herramientas punzocortantes durante el

³¹ “Todo el proyecto científico, y toda la racionalidad ilustrada (y la política que la acompaña), pueden pensarse como una des-comunal empresa contra las culturas populares y los saberes vernáculos” (Lizcano, 2006, p. 196). “La empresa toda de la modernidad ilustrada puede narrarse como una progresiva expansión del espacio en lucha contra los lugares y los modos populares de ejercicio del poder y del saber que arraigan en ellos” (Lizcano, 2006, pp. 218-219).

lítico y el neolítico. A esto se oponen la muy conocida teoría de la bolsita de Ursula K. Le Guin y los análisis sobre la técnica de intelectuales como Lewis Mumford (2010), que señalan lo evidente: “las más significativas invenciones de los [humanos] primitivos (logradas en el ritual, la organización social, el lenguaje y la moral) no dejaron reliquias materiales” (p. 42). Un argumento más que desarma la aparente solidez de la visión moderna.

Una de las aristas más interesantes de esta CF es que, queriéndolo o no, recupera un poco la diversidad perdida por el afán homogeneizador de la modernidad. Para rescatar aunque sea una parte de esta –pletórica– diversidad del mundo premoderno es necesario desarticular la uniformidad que se impuso bajo el disfraz de universalidad, cuestionarla en todos los frentes por nimios que sean y abolir la escala de valores que descalifica los saberes locales o tradicionales. Para ello debemos descender hasta los cimientos del pensamiento occidental y llegar al punto en el que materia y espíritu fueron separados y se construyó con el lenguaje sintético de las ciencias naturales un aparato de legitimación del conocimiento que dejó fuera los saberes populares, las lenguas vernáculas, “los sujetos concretos y de los hombres y mujeres del común como artífices y controladores colectivos del saber, a partir de sus tradiciones y de los significados que cada grupo humano construye y negocia en su interior” (Lizcano, 2006, pp. 197-198). Podría decirse que el tecnochamanismo, la CF neoindigenista, el futurismo afrolatinoamericano, el prietopunk e incluso el solarpunk constituyen esfuerzos en este sentido.

Probablemente estamos ante el nacimiento de nuevas tecnologías, de nuevas ciencias que no únicamente partan de la Razón y sus herramientas técnicas, sino de los elementos humanos desplazados por la embriagante modernidad: la intuición, lo místico, lo espiritual. Esta afirmación puede parecer ingenua, sin embargo es el tema de filósofos contemporáneos como Yuk Hui (2020), quien nos recuerda que “la realidad técnica inscribe en sí misma la realidad humana, no sólo porque la tecnología es la realización de esquemas mentales influenciados por las estructuras sociales y políticas de la sociedad humana, sino también porque aquella transforma a esta” (p. 166), un vaivén que habla de que la tecnociencia no es un monolito, sino una construcción variable e incluso dúctil. Ante nuestra difícil situación actual se hace necesario reapropiarse de la tecnociencia fragmentando la supuesta universalidad moderna en favor de visiones locales y descentradas, que obedezcan a los intereses de las personas y sus territorios y no a la obsesión del enriquecimiento, la explotación y el crecimiento ciego.

Conclusiones

Me atrevo a decir que estamos comenzando a vivir el reflujó, la contra-marea ante el modelo hiperracional impuesto por el hombre blanco, y que borró o al menos modificó drásticamente las muchas maneras otras de ser, pensar y actuar. Ante ello, al menos intuitivamente la CF busca salidas. Sin entrar en la ya larga discusión sobre la importancia o inutilidad de la politización del arte, nunca falta quien dice que no incide en la realidad porque carece de agencia política; sin embargo, sí puede, como dijo Susana del Rosario (2023) en el IV Encuentro de Estéticas de Ciencia Ficción, detonar sensibilidades e ideas que sean capaces de influir en nuestros presentes (p. 1). Y es que la imaginación, las honduras místicas y la intuición estética y narrativa contenidas en el arte tienen la función de ampliar nuestros sentidos e incluso desarrollar nuevos en direcciones imposibles de prever por la técnica o la ciencia. Esta capacidad para abrir las puertas de la percepción en direcciones "erráticas" es el anverso del proceso tecnocientífico. Tal vez la ciencia no busca entender el arte, pero sin el arte no podríamos asimilar la ciencia. No hablo de una asimilación abstracta, sino de la que se da cuando un conocimiento se vuelve parte del cuerpo, tanto personal como social.

Tras la *codigofagia*, "necesaria para sobrevivir los largos siglos coloniales"³², arribamos al momento en que adquirimos la capacidad de edificar una narrativa propia y única. Incluso, pecando de candor y entusiasmo, entreveo en el futuro de la CF la capacidad de contribuir a la creación/regeneración de una nueva metafísica. Pero hay que atemperar la radicalidad que surge naturalmente cuando se enfrenta a un monstruo de la envergadura de la modernidad. No hay que caer en las trampas del binarismo típico del pensamiento occidental, ni hay que desechar lo existente. Se trata de apropiarse de lo útil y resignificarlo. Porque si rechazamos el sistema entero estaremos duplicando el mismo proceso de la modernización, aunque nos alienten fines distintos. En palabras de Hui (2020), el afán por oponer.

[...] naturaleza y técnica, mitología y razón, dan lugar a diferentes ilusiones que se ubican en uno u otro de dos extremos. Por un lado, están los racionalistas o "progresistas", que se afanan históricamente en mantener su monoteísmo después de haber dado

³² La *codigofagia* es una argucia ideada por los dominados, que aceptan la inevitabilidad de su condición subalterna, pero se resisten a ella, "a través del cual el código de los dominadores se transforma a sí mismo en el proceso de la asimilación de las ruinas en las que pervive el código destruido" (Echeverría, 2000, p. 55).

muerte a Dios y creen ilusoriamente que el progreso mundial va a erradicar las diferencias y llevar a una teodicea. Por el otro, están los intelectuales de izquierda que sienten la necesidad de exaltar ontologías o biología indígenas como una escapatoria de la Modernidad (pp. 54-55).

Fragmentar, reapropiar, reinventar, no significa oponer una idea a otra, sino hacer uso de todas ellas. Imaginemos. Reflexionemos. Hagámoslo en conjunto, en comunidades compuestas por individuos con ideas, inclinaciones, formaciones y gustos diferentes, pero capaces de ver más allá, como buenos integrantes del colegiado que crea y estudia la ciencia ficción. A pesar de la monstruosa crisis que estamos comenzando a vivir, todo indica que los mejores años de la ciencia ficción mexicana y latinoamericana están por delante.

Referencias

- Aldiss, B. (1995). *The detached retina: aspects of SF and fantasy*. Estados Unidos: Syracuse University Press.
- Barthes, R. (2010). *Mitologías*. Argentina: Siglo XXI.
- Bastidas, R. (2021). *El tercer mundo después del sol. Antología de ciencia ficción latinoamericana*. Colombia: Minotauro.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. México: Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
- Bury, J. B. (2009). *La idea del progreso*. España: Alianza.
- Campbell, J. (2006). *El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del mito*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Capanna, P. (1966). *El sentido de la ciencia-ficción*. Argentina: Columba.
- Castañeda Quintero, S. R. (1 de diciembre de 2023). *Las utopías y los futuros actuales de la alimentación*. [Ponencia]. IV Encuentro de Estéticas de Ciencia Ficción. Mundos que colapsan y ecosistemas que resisten: estéticas cienciaficcionesales ante la emergencia climática. Cenidiap, Ciudad de México, México.
- Claeys, G. (2022). *Utopianism for a Dying Planet. Life after Consumerism*. Estados Unidos: Princeton University Press.
- Córdoba, A. (2022). *Extranjero en tierra extraña. El género de la ciencia ficción en América Latina*. España: Universidad de Sevilla.
- de Castro Sánchez, S. (9 de noviembre de 2018). "El 'paso del mito al logos': nacimiento de la Filosofía, eurocentrismo y genocidio". *El rumor de las multitudes*. El salto. Recuperado de <https://www.elsaltodiario.com/el-rumor-de-las-multitudes/el-paso-del-mito-al-logos-nacimiento-de-la-filosofia-eurocentrismo-genocidio>
- de Rosso, E. (2021). "Nervo's Continuum and the Weariness of Reason: A Hypothesis on the Form of Latin American Science Fiction". En Kurlat Ares, S. G. y de Rosso, E. (Eds.). *Peter Lang Companion to Latin American Science Fiction* (pp. 19-32). Estados Unidos: Peter Lang.
- de Santo, M. K. y Domptail, S. E. (Eds.). (2023). *Degrowth Decolonization and Development. When Culture Meets the Environment*. Suiza: The Springer.
- Echeverría, B. (2000). *La modernidad de lo barroco*. México: Era.
- _____. (2016). *Modernidad y blanquitud*. México: Era.
- _____. (2018). *Las ilusiones de la modernidad*. México: Era, Alacena Bolsillo.
- _____. (2019). *Vuelta de siglo*. México: Era.
- _____. (2022). *Definición de la cultura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Eliade, M. (1999). *Mito y realidad*. España: Kairós.

- _____. (2008). *Arquetipos y repetición*. España: Alianza.
- Fisher, M. (2018). *Lo raro y lo espeluznante*. Barcelona: Alpha Decay.
- _____. (2019). *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?* Titivillus.
- Freedman, C. (2000). *Critical Theory and Science Fiction*. Estados Unidos: Wesleyan University Press.
- Hinkelammert, F. (1984). *Crítica a la razón utópica*. Costa Rica: Departamento Ecueménico de Investigaciones.
- Hui, Y. (2020). *Fragmentar el futuro. Ensayos sobre tecnodiversidad*. Argentina: Caja Negra.
- Jameson, F. (2009). *Arqueologías del futuro. El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de Ciencia Ficción*. Turolero.
- Lizcano, E. (2006). *Metáforas que nos piensan. Sobre ciencia, democracia y otras poderosas ficciones*. España: Ediciones Bajo Cero, Traficantes de sueños.
- López, A. y López, L. (2009). *Monte sagrado-Templo mayor. El cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- López Austin, A. (2006). *Los mitos del Tlacuache. Caminos de la mitología mesoamericana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- _____. (1994). *Tamoanchan y Tlalocan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Milner, A. (2012). *Loxscating Science Fiction*. Reino Unido: Liverpool University Press.
- Morin, E. (2005). *Introducción al pensamiento complejo*. España: Gedisa.
- Mumford, L. (2010). *El mito de la máquina. Técnica y evolución humana*. España: Pepitas de calabaza.
- Nicolescu, B. (2014). *From Modernity to Cosmodernity. Science, Culture, and Spirituality*. Estados Unidos: State University of New York Press.
- Rieder, J. (2008). *Colonialism and the Emergence of Science Fiction*. Estados Unidos: Wesleyan University Press.
- Suvin, D. (1979). *Metamorphoses of Science Fiction. On the Poetics and History of a Literary Genre*. Reino Unido: Yale University Press.
- Tanaka, M. (2014). *Apocalypse in Contemporary Japanese Science Fiction*. Estados Unidos: Palgrave Macmillan.